

## CAPITULO XII.

### La plebefobia.

El mundo pensador tiene el vicio poco corrosivo de la filosofía; hasta los teólogos se enfurecen sino se les considera filósofos, no obstante que anuncian en el prólogo de sus obras, que toman la pluma para *desmenuzar los errores de la filosofía*. Hay tratados muy extensos sobre la filosofía del arte, del gusto, de la jurisprudencia, de la música, de la política, de la *alcoba*, del divorcio, de la historia, del criminal. En las *letras latinas* la filosofía ha llegado á concluir como el Sr. César Zumeta respecto del continente americano que el siglo está enfermo. Los más fuertes en las enfermedades de los siglos aseguran que el XIX morirá de neurastenia y que el XX aparecerá con *delirio in tremens*.

La fórmula trascendente de la filosofía latina en 1899 es: "La sociedad moderna después de haber derribado todos sus ídolos, experimenta la *necesidad de creer*. Esta frase como todas las francesas de *relumbrón*, es de vaguedad superior á la de la pólvora sin humo inflamada; hay trueno pero nada se vé. La vaguedad es condicional cuando se lanza una idea como *ballon d'essai*. Si pega, si toda la sociedad conviene en que tiene necesidad de creer, no se le invita á creer en los rayos X, en la navegación submarina ó en la curación del cáncer, sino que se precisa la frase, diciendo: «*La sociedad experimenta la necesidad de una religión*, lo que prueba que *no se puede vivir sin ella*." Una vez hecha tan interesante aclaración, tampoco se invita á la sociedad á ser musulmana, hindou ó sinteista, sino que se le presenta la vuelta al catolicismo como la necesidad ineludible de la especie humana para poder vivir.

Toda esta palabrería sin sentido ha producido enorme efecto en el mundo latino. Para un francés de pacotilla, las palabras sonoras de corte elegante como un corsé de esfinge, son suficientes para probar cualquiera verdad. Para dominar á los franceses vulgares no hay más que hablarles literariamente de algo nuevo aun cuando sea un disparate. Elegancia y novedad son los manjares espirituales del alma francesa.

El clero comprendió perfectamente á su víctima la sociedad francesa. La frase: *La sociedad morbosa experimenta la necesidad de creer*, es sin duda elegante y en consecuencia aceptable y aceptada por todos los franceses, es una frase con laureles plebiscitarios, pero que promete una novedad, una gran novedad; una verdadera sorpresa digna de un gallo bordado en celta y

con cosquillas de ateniense. ¡Cual no ha podido ser la sorpresa del pueblo que le impone modas á la humanidad, por haber instituido la *novedad* como el primero de los goces artísticos, cuando se le aclara que esa novedad seductora sólo comparable á la que los desposados amorosos esperan en su noche de bodas; ¡son los jesuitas!

Un error que causa grandes desgracias al pensamiento francés es fijar seriamente París como el centro del sistema planetario, humano, social é intelectual. China es un imperio que ya estaba lleno de ateos cuando no se encontraba uno en Europa; en China la mayoría de la población es atea ó escéptica al grado de tener muchos individuos dos y tres religiones, excitados al ver que su emperador es Pontífice nato y neto de todas las religiones. No se encuentra escritor que diga que la sociedad china experimenta la necesidad de creer, la China y el Japón marchan tranquilos, con sus creencias religiosas profundamente averiadas.

El vedismo prometía la absorción del espíritu por el *Gran Todo* y el *boudhismo* ofrece la absorción del alma por la *Gran Nada* que es precisamente el único paraíso que reconocen los ateos. Ni el panteísmo védico fundamento del hindouismo, ni el *nirvanismo* búdico, sirven de sanción divina á la moral, desde el momento en que rechazan la continuación de la persona humana después de la muerte.

El islamismo da sanción divina á la moral, pero la destruye por el *fatalismo*. El *fatalismo* produce los mismos efectos que la doctrina de la gracia. Para la *gracia* muchos son los llamados y pocos los escogidos; para el fatalismo pocos son los elegidos y muchos los llamados. Es desconocer el sentido de las palabras admitir que una fe que parte del fatalismo pueda ser compatible con la sanción divina de la moral, que significa *salvación por medio de las buenas obras, y condenación por causa de las malas obras*. Mientras el fatalismo musulman dice, *lo que esté escrito se cumplirá*; el hombre no puede impedir lo que ha escrito Dios. Y sin embargo de que el fatalismo niega la sanción divina á la moral y la ha negado desde el siglo VIII, los musulmanes nunca han dicho que experimentan la necesidad de creer en tal sanción.

Las naciones protestantes sin excepción no han dicho que *experimentan la necesidad de creer*. Se me contestará que los pueblos protestantes son profundamente religiosos; no lo discuto pero si afirmo que la filosofía individualista, escéptica y positivista es más abundante en los pueblos protestantes que en los católicos; mas admitiendo que así no fuera, contesto que precisamente el fondo de la divergencia dogmática entre el protestantismo y el catolicismo, es que la *salvación no se obtiene por las buenas obras*. Este dogma arruina el de la sanción divina á la moral que premia á los que hacen buenas obras y castiga á los perversos. La *salvación* para los protestantes se obtiene por efecto de pura misericordia y son más dignos de ellos los malos que los buenos.

No es posible la sanción divina para hombres que afirman en los treinta y nueve artículos dogmáticos de la religión anglicana.

“10. Nuestro libre albedrío es de tal naturaleza que no podemos hacer el bien sin la gracia de Dios por medio del Cristo.”

“11. La justificación del hombre, se adquiere por los méritos de Jesu-Cristo y no por las obras, es decir, que sólo puede obtenerse por la fe.”

El mismo credo afirma terminantemente que las buenas obras no borran los pecados.

El catolicismo dice: La moral dictada por mí, salva

El protestantismo niega, y responde: Sólo la fe salva.

De aquí dos hechos muy interesantes; el católico para salvarse tiene que ser el autómatas del clero, el protestante para salvarse es libre ante todos los hombres, comprendiendo los del clero.

Pues bien: los ciento cincuenta millones de protestantes que encabezan la civilización del mundo á nadie han dicho; estamos enfermos de falta de creencias, como quien dice tenemos la conciencia en plena dispepsia. El protestante es el único médico de su alma con el apoyo de su viejo tratado de terapéutica; la Biblia. ¿Tiene necesidad de creer? Abre su libro, y con más ó ménos mal sabor ante la sensibilidad lógica, traga el número de *versículos* cordiales que adormecen sus inquietudes.

Pero hay más todavía: La dispepsia del alma humana tampoco tiene lugar en los latinos. Francia es un país profundamente católico con un gran Estado Mayor ateo, que se revela en su cuerpo electoral, y aun las masas no católicas son muy creyentes. Las masas populares latinas de toda Europa creen en el catolicismo, han creído en la Revolución, creen en la Democracia, y en el socialismo. No faltan creencias en esas masas, desgraciadamente sobran; las masas del fanatismo religioso últimamente tuvieron al fanatismo jacobino y ahora tienen el socialista ó anarquista.

Las palabras, *la sociedad moderna está enferma de no creer, quieren decir*: Las clases populares nos están enfermando á fuerza de sustos, *porque ya no nos creen*, porque ya perdimos la fuerza moral que nos daba su profunda ignorancia. Necesitamos inventar algo para recobrar nuestro crédito ante las masas y seguirlas dominando despóticamente. Esto significa en Francia el malestar agudo por falta de creencias *en la infalibilidad divina de las clases superiores*. El pueblo sigue de creyente, continúa de fanático, se revela con ardiente fe, pero sus creencias no son ya de las que hacen el poder y la felicidad de las clases que tanto le han mentido.

Si con la religión, el pan y el circo se ha dominado á las plebes y va no hay conquistas militares para hacer por la violencia el *pan dominador*, hay que esperar todo de la religión para que no haya circo en donde los gladiadores moribundos sean los mismos Césares que daban con arrogancia á los leones la señal de comenzar sus imperiales tareas.

El anarquismo es condenable y el socialismo imposible; pero el socialis-

ta de blusa y desgarrado, es más bondadoso que las clases que le temen. El socialismo significa la obligación del Estado de hacer trabajar á todos los habitantes de una nación, salvo caso de enfermedad; niñez ó decrepitud, y de repartir el fruto del trabajo colectivo, no conforme á la obra de cada cual sino conforme á sus necesidades materiales legítimas. Esto es una utopía de las más escandalosamente absurdas; pero en fin, el socialista pretende que el Estado lo mantenga bien en cambio de todo el trabajo que pueda dar.

Las aristocracias pretendieron y obtuvieron que el Estado las mantuviese en la opulencia en cambio de sus trabajos militares y eclesiásticos. La lógica de los nobles y del clero era la misma que la de los socialistas de blusa, pero aquellos fueron menos nobles. Los socialistas sólo piden exención de trabajo para los enfermos, mientras los nobles hicieron sus privilegios hereditarios y reclamaron al Estado opulencia aún cuando no hubiera obra de guerra ni servicios espirituales que ejecutar.

La frase *la sociedad moderna necesita creer* significa según otros: Es preciso que cuanto antes los pensadores encargados de formar la conciencia de las multitudes, uniformen sus trabajos en una religión ó en una filosofía. ¡Siempre la manía de la unidad! No puede haber religión sin revelación. ¿Sobre qué revelación se apoyará la nueva religión? La crítica niega la posibilidad de una revelación; y mientras los críticos no condenen á la crítica en el supremo tribunal de la lógica, no debemos esperar nada de las viejas revelaciones. Para volver á la religión ó ir á una nueva, hay que volver á encender la fe, y la fe sólo se enciende con el combustible baratísimo de la ignorancia. ¡Volvamos pues á la ignorancia para salvar á la sociedad! Pero no es posible ignorar que la crítica que desmiente las revelaciones hace conocer la mecánica racional, la química, la astronomía, la historia universal, etc., etc. Una vez que el hombre posee un buen método para descubrir verdades ya no puede admitir absurdos en ningún sentido. En materia de ciencia social como en materia patológica no hay más que ciegos ó gente que lo pueden ver todo, ser tuerto no quiere decir que se vea la mitad de las cosas que se ven con los dos ojos.

Si lo que se busca es el bienestar individual, éste existe en las sociedades protestantes caracterizadas por una ostentosa pluralidad de sectas religiosas. No se puede probar la necesidad de la unidad religiosa sin demostrar la ruina de las sociedades con pluralidad religiosa. ¿Se trata de la unidad filosófica? Pues eso no es nuevo; siempre se ha tratado y se tratará de eso cuando se demuestre que es posible descubrir y resolver problemas que llevan más de cinco mil años de planteados sin haber obtenido el más insignificante resultado. Decir; la sociedad experimenta la necesidad de la unidad filosófica, es exactamente lo mismo que afirmar: la sociedad moderna necesita de todas las verdades que aún le son desconocidas. ¡Muy bien, convenido! ¡correcto! pero esta necesidad no es revolucionaria. Por lo común, los que hacen filosofía tienen cubierto su presupuesto de vida, hacen tres ó cuatro co-

midas diarias con vino y café, duermen en casa pagada al corriente, los viste un buen sastre y están fuera de los tormentos de la miseria.

Yo creo que la sociedad moderna necesita con más urgencia comer que creer. El problema del hambre social es viejo y poco se ha resuelto sobre él y si no es interesante para los que comen, es de sumo interés para los que no comen. La verdad que debemos descubrir de preferencia es el modo de que todos los hombres puedan vivir, bajo pena de que aumentando los que no comen destruyan la propiedad y las personas de los que comen.

Ni la ciencia ni la religión han hecho bancarrota porque el género humano aún sufre. La ciencia ofrece la verdad siempre que le sea posible encontrarla: mientras más desgracias llueven sobre una sociedad, más prueba la religión según ella ser verdadera. El bienestar individual y social son pues incompatibles con la religión. Si se trata de mejorar las condiciones de existencia del hombre, hay que darle pan, libertad y justicia; sobre todo pan; dar la libertad sin comida es alentar el crimen; el hombre no es menos animal que los más dulces animales domésticos y éstos cuando no comen arrebatan.

La religión no ha logrado imponer á los pueblos su programa de sufrimiento, no ha logrado hacer progresar al hombre con duchas de dolor. Los hombres como todos los animales sufren contra su voluntad. Si Dios pone como condición para salvar al hombre hacerlo sufrir, entonces en ningún caso deberían escapar del castigo los dichosos. Mas desde el momento en que los pueblos ven que los que no sufren también se salvan y tienen doble paraíso, la fé en la justicia divina se convierte en aversión á la Providencia.

Los pueblos no solamente han visto la desigualdad entre los dichosos de la minoría y los miserables de la mayoría, sino que han visto lo peor, y es que la felicidad de la minoría no está hecha con los tesoros de la Providencia, sino con sus jornales, sus derechos, su libertad. La clase media se indignó justamente con el innoble comportamiento de la clase noble y la hizo degollar por sus filósofos y el populacho; prometiendo al pueblo el misterio de la trinidad jacobina: *¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!*

El *terror blanco* intentado bajo Luis XVIII y consumado bajo Carlos X, volvió á poner el poder en manos de la burguesía con la sanción correspondiente de los filósofos de la situación. M. Deschamps, en su libro *«Le Malaise de la Démocratie»*, hace notar que cada periodo político reposa sobre una sanción filosófica que se encarga de conquistar y responder por los sentimientos y adhesiones de la colectividad. Triunfante la revolución de 1830 y cuando su héroe la burguesía, sintió la necesidad de hacer injusticias, peculados, concusiones, persecuciones, robos, fraudes y toda clase de *sinvergüenzadas*; en una palabra, cuando creyó que era llegado el momento de *hacer creer al pueblo* que la conducta asquerosa del poder, era una prenda de heroico patriotismo, se dirigió á los filósofos racionalistas que habían apa-

drinado su revolución y que se hallaban organizados bajo el pontificado de Victor Cousin. M. Deschamps en su obra citada, expresa en los siguientes términos la actitud de la *burguesía coronada* y reducida á la figura abarrotera de Luis Felipe. (1)

«¿Que compensación sublime se puede ofrecer á los obreros que reclaman una condición más dichosa y un salario más proporcionado á su trabajo mejor que decirles? Olvidad amigos míos, esas pequeñas miserias inseparables de este pícaro mundo. ¡Elevad vuestras miradas hacia el infinito y pronto sentiréis disminuir vuestra hambre y vuestra sed! ¡Por Dios! no miréis con ojos indignados, los *dividendos que nos repartimos á vuestras costillas*. Todas vuestras aflicciones os serán tomadas en cuenta en un mundo mejor. Tranquilizaos, pasaréis bien pronto á la *Caja de la Eternidad* (que nunca quiebra) un poco de paciencia ¡qué diablo! En nombre del cielo dejadnos digerir en paz y no hagáis ya más barricadas.»

«Así hablaban los burgueses del tiempo de Luis Felipe esperando vencer al socialismo, la anarquía, todos los azotes, todas las *«hidras»* que turbaban la seguridad de su conciencia y la de sus bolsillos.»

«Se creyeron al abrigo de todo peligro cuando vieron á sus hijos enganchados por bien ó por mal, por los gendarmes de M. Cousin, bajo la bandera *du Vrai, du Beau, du Bien.*» Esta era la *Trinidad* de los doctrinarios racionalistas por estar ya desprestigiada la jacobina. *Liberté, Egalité, Fraternité.*

Continúa M. Deschamps:

«*El león popular* había rugido ya bastante y se le buscó una jaula para limarle tranquilamente las uñas y abollarle los dientes» . . . «El interés de los revolucionarios triunfantes exigía que cuanto antes se reprimiesen las *«perniciosas doctrinas»*, á que debían su elevación. Para ellos, Victor Cousin trabajó.»

«Y trabajó mucho porque á cada instante nuevas emociones aumentaban la angustia de sus clientes. ¡Se oían disparos de fusil en la calle Trasnain! . . . Ah! monsieur Cousin, hé ahí gentes que no quieren respetar los decretos de la Providencia! ¿Había *meetings* en Lyon, de obreros que enarbolaban una bandera negra con la inscripción *«Vivir trabajando ó morir combatiendo?»* «¡Esto es espantoso! Vamos monsieur Cousin, dad la consigna á vuestros profesores de filosofía, de que propalen el ruido de que el alma es inmortal. M. Delessert, prefecto de policía y M. Duchâtel, ministro del Interior estaban inquietos? Oh! monsieur Cousin, dignaos ayudarlos á mantener la sociedad sobre su base . . . ¡Monsieur Cousin, salvadnos! Así se desenvolvió de motín en motín la filosofía espiritualista.»

El hecho es el mismo; hoy se reclaman las creencias, *oh! ante todas las creencias* que sirven para que los pueblos se aguanten por mal que se les

(1) La Malaise de la Démocratie, pág. 148 y 149.

trate. Las palabras han cambiado, en tiempo de Luis XIV. Bossuet decía al pueblo cuando comenzaba á impacientarse: *Ayunad y orad, para que Dios esté en vuestro pecho*. En el gobierno de la burguesía desvergonzada tanto como la aristocracia del absoluto rey, M. Cousin se encargaba de decir al pueblo pagano y hambriento: «Contemplad el infinito y como sabroso, escuchad las pláticas metafísicas entre el *yo* y el *no yo*.» Es indiscutible que un gobierno latino no puede marchar sin un buen *clero*, sea este sacerdotal, laico, filosófico, abarrotero, sicario. La tercera República francesa fué instalada por Gambetta, Littré, Ferry y demás positivistas. El mundo abrió los ojos para ver en Francia por la primera vez el estreno de un gobierno científico, más célebre que el canto de la Patti en «Fausto.»

Pero la decepción fué inmensa. Apenas arreglada la República para burlarse del pueblo y expoliarlo como las aristocracias y la burguesía realista liberal, los estadistas que sabían de memoria á Augusto Comte, fueron silbados, burlados, empujados, despedidos, arrojados á la vida privada como entidades de penitenciaría que han cumplido su condena. La demagogía sucesora de la burguesía de 1830, dijo á Ferry al terminar el entierro civil de Gambetta. Vamos, ya es tiempo de que suene vuestra orquesta filosófica como ha sonado la de Rousseau, Voltaire y Diderot; la de Chateaubriand, *Bonald y de Maistre*, la de Victor Cousin y Paul Janet; necesitamos ya ruido, mucho ruido, la Francia espera trufas y justicia, ha llegado el momento de servirle humeantes *peroles* de ideales.

Ferry contestó: nosotros no hacemos música, no componemos orquesta, no sabemos hacer ruido. ¿Cómo? ¿cuál es entonces vuestra filosofía? Nuestra filosofía, es *pas ds philosophie*. ¡Esto es el colmo! ¿de manera que no estáis dispuestos á sostener el orden establecido con *merengues electorales*, no estáis dispuestos hacer amar la *antropofagia parlamentaria que hemos decidido instituir*? no estáis dispuestos á *salvar á la república de los ataques de sus enemigos* que quieren que no se les devore? No, no estamos dispuestos á ser los filósofos de las mentiras políticas que ya nadie traga.—¿Entonces por lo menos hareis hablar á *los espíritus* contra nuestros adversarios? Tampoco. ¿Cual es pues vuestro programa, quiénes sois? qué religión teneis? No tenemos religión, poseemos simplemente un método para encontrar la verdad y la primera que se nos presenta es, que ya los pueblos no quieren curar sus úlceras con mentiras y purgantes que vacían sus bolsillos y su alma de dignidad.—En este caso fuera de la política, no nos servís, sois una calamidad que no podeis fabricar ideales para que el pueblo se regocije mientras lo inmolamos, decididamente no teneis fibras patrióticas, ¿con que no sabeis expoliar ni engañar á los franceses, pues bien, seréis rudamente castigados, jamas sereis sus héroes, jamas os amarán! Ferry y comparsa dejaron el gobierno para jamás volver. Solo Gambetta murió con honores porque no tuvo tiempo de aclarar la situación. Cuando murió Taine, el mas grande de los críticos del siglo y tal vez de los siglos, Francia sintió que le quitaban

un gran peso de encima, ya podía libremente adorar á Rochefort como repúblico, á Boulanger como César, á ese Torquemada frente á los judíos, llamado *monsieur Drumond*.

Los pueblos no entienden de religión ni de filosofía mas que lo que les dice el Estado por medio de los gendarmes, los jueces y las leyes penales. Suprimid la religión y la filosofía oficiales y dejará de haber religión y filosofía en el pueblo. ¿Por eso es tan grande el empeño del clero en que subsista la religión de Estado; el clero sabe que la fe es la cárcel, la máscara de las imágenes, la pompa atronadora de las procesiones con soldados presentando las armas y disparando sus baterías. Reducid la religión y la filosofía á un libro, á un recuerdo tradicional, á un grupo de modestos silogismos y no habrá más que tibieza é impiedad. Es muy sabido que todo Cesar debe ser Pontífice nunca para ser la teocracia, sino para impedir que se haga fuera, tal era la opinión de Napoleón.

Como observa muy bien M. Deschamps, el catolicismo no puede ser ya utilizado por el Estado moderno porque este ha cambiado, mientras que el clericalismo mantiene su pretensión no de ayudar lealmente al gobierno, sino de gobernarlo despóticamente. Es peculiar pero efectiva esa necesidad de todos los gobiernos latinos de sustituir á la religión de Estado, una metafísica de Estado; para que un pueblo latino crea es indispensable que encuentre sus profesores en los códigos penales. Esta monstruosidad es desconocida en los pueblos anglo-sajones que progresan muy bien sin religión, ni filosofía de Estado.

No habiendo sido posible una filosofía de Estado para la tercera república francesa, instalada por los *positivistas* que se rehusaron á alquilar al parlamentarismo la ciencia; el lugar de la orquesta filosófica oficial quedó vacante y á disposición del público. Sucedió entonces lo que debía suceder. Faltando la orquesta del Estado se improvisaron las *charangas*. Apareció desde luego Derouléde con su *charanga patriotera*, Boulanger, con su *charanga cesárea*; Guerin con su *charanga antisemita*, Rochefort con su *charanga demagógica*, Mercier con la *charanga del bordereau*, los jesuitas con su *charanga* con sordina para ofrecer Francia al *Corazón de Jesús* y al *Apendicitis del Cordero Pascual*. Esas *charangas* tocando sin cesar á un tiempo han realizado el fin el *charanguero judicial* que ha lastimado profundamente la dignidad del mundo civilizado con la condenación de Dreyfus.

El pueblo francés y todos los pueblos latinos que forman su interesante cortejo no están enfermos de excepticismo sino de congestión de creencias. Tales pueblos creen en todo; en los billetes de lotería, en la intervención divina para tener hijos varones, en la virgen de Lourdes, de Monserrate, de Covadonga, de Guadalupe, en la soberanía del pueblo para la felicidad de las naciones, en la metereología de los calendarios, en su patriotismo, en el Derecho Internacional, en toda clase de milagros, en toda clase de oraciones cívicas ó sagradas para hacer prodigios; creen en su grandeza, en